

La Lectura Popular

PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

ORIHUELA

NICANOR

Había en cierta capital un círculo recreativo de baja estofa que se llamaba el Iris, y no de paz, aunque más le cuadraba el título de Sierra Morena. A él concurrían gran número de estudiantes malos y malos estudiantes que dejaban en el tapete verde las pesetejas que para fines muy distintos les enviaban sus pobres padres, y ocurría lo que es corriente en tales sitios, que cada cinco minutos se armaba entre los puntos una bronca más ó menos ruidosa sobre si la puesta era de este ó de aquel, sobre si el entrés fué vuelto ó sin volver etc. etc..

Comenzaban las palabras gruesas y las voces recias y bien pronto llegaron á las manos si el dueño, que por conveniencia era enemigo de los escándalos (ruidosos se entiende porque los otros le importaban poco) no interviniera diciendo:—Silencio caballeros que sale Nicanor,—y si la tormenta arreciaba, salía Nicanor, que era un buen mozo, matador de novillos en invierno y que llevaba un par de chorrillos que le tapaban por completo ambas sienes



Salía mi hombre con las manos metidas en los bolsillos de una chaquetita que por lo corta parecía de un niño y por cuya solapa asomaba una descomunal navaja;

tosía, escupía por el colmillo y acercándose á los incautos mozuelos, solía decirles con voz parda y acento andaluz:—Caballeros aquí no levanta el gallo *naide* mas que yo y el que no lo haga así por el balcon va á la calle.—Los estudiantes ante aquel *elijan*, ó acallaban sus contiendas ó tomaban la puerta para evitarse la incómoda salida con que les amenazaba Nicanor.

Aconteció una vez que uno de los puntos más acalorado ó más decidido que los otros, mandó á Nicanor á freir espárragos con gran susto de los compañeros que creyeron había firmado su sentencia de muerte. Nicanor en vez de comérselo crudo como esperaban los circunstantes, decidió por no armar ruido, transigir con las exigencias del muchacho que pedía se le devolviesen unos cuartos que decía no estaban bien ganados. Nunca que Nicanor hubiera hecho semejante cosa porque aquello fué para él lo que Waterló para Napoleón.

Al siguiente día, otro mozuelo se atrevió á levantar el gallo y Nicanor transigió también; y tanto y tanto transigió Nicanor que el dueño del círculo acordó darle la cuenta á aquel Sanson que aunque conservaba el pelo de los chorrillos, no le aprovechaba para nada porque había perdido la fuerza.

Apliquemos el cuento.

En España la autoridad liberal era poco mas ó menos un Nicanor. Aun pudo roncarse á los moritos el año 60; y ahuecar la voz cuando lo de las Carolinas; y en otras ocasiones, de puertas adentro; mas poco á poco los chicos ó sea el pueblo, se han ido enterando de que este Nicanor ha perdido la fuerza y se le suben á las barbas: un día son los revoltosos de un pueblo que no quieren á un obispo, otro los estudiantes que no quieren un decreto, y así sucesivamente.

¿Habrá quien se extrañe de esto? Torpe será el que tal haga.

No podía ocurrir de otra manera. La autoridad ha renunciado á su origen divino y al convertirse por tal renuncia en autoridad liberal, ha quedado convertida en un Nicanor aunque con los chorrillos del prestigio tradicional y ha llegado la hora de que todos se enteren que Nica-

nor es solo un fantasma á quien hay que darle la cuenta.

Dios nos tenga de su mano y haga que el pueblo reconozca que no hay autoridad ni justicia, ni paz sino con Cristo y que solo al amparo de su esposa la Iglesia pueden las naciones disfrutar de estos bienes, porque sino se persuaden de esto y obran en consecuencia, el ajuste de cuentas va á ser todo lo que se llama una merienda de negros.

C.

Engañifa y Barbarillo

Era Engañifa un pueblo vano é inculto que de repente intentó pasar á civilizado; y era Barbarillo otro pueblo próximo, más tosco que Engañifa, más positivo y menos ahuecado.

Mangoneaba en el primero el gran Calaverón, que sabía leer, escribir, contar y perorar, y era alcalde, sacristan, barbero, muñidor de elecciones, pintor de brocha gorda y pirotécnico, más un poco pillo y un algo guasón.

El cacique de Barbarillo se llamaba Barbarín y hacia bueno su nombre.

Un día los de Engañifa dijeron á su hombre: Calaverón, haznos progresar á escape.

—Os haré á galope.

—Queremos ser sabios, ricos y poderosos de repente y de balde.

—Pues lo sereis.

—¿Cómo?

Con una biblioteca os hareis sabios, con una bodega os hareis ricos, y con un castillo os hareis fuertes.

—¿En cuanto tiempo y por cuanto dinero?

—En diez años y por diez millones,

—¿No lo sabrías hacer en diez días y por diez centenes?

—También lo hago.

—Pues hazlo de modo que queden confundidos y anulados los de Barbarillo.

Calaverón se fué al monte vecinal, cortó las más largas estacas y las clavó en un vericuetto vecino, forró aquellos palos con lienzo y pintó a grandes brochazos, en el bajo, unas pipas, en el centro unos

libros, y en lo alto, unos cañones asomando por unas troueras y apuntando hacia Barbarillo.

El cuco pintor prohibió que la gente se aproximara á su obra (que desde lejos parecía de verdad), y el pueblo exclamaba satisfecho; ¡Ahora que vengan los de Barbarillo á medirse con nosotros! Vinieron á la fiesta de S. Cucufate, Patron del pueblo, y empezaron á reirse y burlarse del monumento de la vanidad, como llamaba el tío Barbarín á la torre pintada de Engañifla, y pasando de las burlas al desaffo, sacó la bota y dijo con voz exte-
tórea y ademán burlón;

—«Desaffo con esta bota que empino, á todos los dueños de esos toneles, para que brinden á mi salud, bebiendo como yo bebo á la suya; desaffo con el «Arte de matar pulgas» que tengo en la mano á que se me presente un libro de entre todos los de esa biblioteca que valga lo que éste; y por último, con mi escopeta de chispas, desaffo á todos los cañones de esa terrible batería que apunta á Barbarillo, disparando contra ellos para que disparen contra mí», y disparó.

Y aquí fué Troya; los de Engañifla, ya corridos de vergüenza, echaron á correr de miedo, porque vieron que aquellos barbarillos tiraban, y los de Barbarillo, dueños del campo y la torre, se llevaron en trofeo palos, libros, toneles y cañones pintados, para recuerdo de la hazaña.

Al año de esta corrida en pelo, sufrida por los de Engañifla, aún se decía por los prudentes de este pueblo: Aunque á los de Barbarillo no hayamos podido engañar, engañemos á los del pueblo y demos otros mil reales á Calaverón para que levante una torre monumental de percalina, como la de antaño, y sepa el mundo entero que Engañifla no es engañifla, sino el imperio del saber, la riqueza y el poderio».

¡Oh, mis queridos lectores! ¡habéis adivinado quién es Engañifla y quienes son los calaverones ó engañadores de ese pueblo infeliz á quien se entretienen en el error de sus males, pintándose como bienes ó disimulando su gravedad y diciéndole que nada, que todo marcha bien y que todo se remedia con la brocha gorda de Calaverón y comparsa?

Se pintan curas y ya hay religión, se pintan maestros y ya hay enseñanza, se pintan jueces y ya hay justicia, se pintan soldados y ya hay ejército, se pintan barcos y ya hay marina, se pintan billetes y ya hay moneda, se pintan títulos de la Deuda y ya hay Hacienda, se pintan ara-
~~cos, tonales y fardos~~ y ya hay agricultura,

industria y comercio, se pintan empleados y ya hay administración, se pintan hombres de Estado y ya hay política, se pintan urnas y ya hay sufragio, se pintan periodicos y ya hay legislación, se pintan derechos y libertades y ya hay libertad y derecho, y así todo.

Pero todo pintado, nada más que pintado; lo de Engañifla y Calaverón repetido y multiplicado por ciento, y á costa de la verdad, seriedad, formalidad y continuidad de la Patria y la raza.

Ahora, ¿qué quereis? que siga la farsa ó que siga la Patria?

Andrés Manjon

SECCION INSTRUCTIVA

La Semana Santa

El tiempo de la Semana Santa Católica es un aniversario, que nunca puede perder su interés para el creyente.

Imagínase este transportado á otra época y á otro mundo. Parece estar en la antigua Jerusalem, recorrer sus calles, henchidas de gente, venida de todas partes para la solemnidad de la Pascua, y oirlas hablar no, como solían de los objetos y fines que las traen á la ciudad santa, sino del acaecimiento del instante, que es la aparición de Jesús de Nazaret, del que intentan deshacerse violentamente los Jefes del pueblo.

¿Quién es este, preguntan todos? Y los unos se encogen de hombros, y responden: Un misterio, no ha frecuentado escuela alguna, y habla como nadie habló jamás, No ha ido á las academias de Atenas y de Roma y sus discursos llenos de sabiduría conmueven á los que los escuchan. Su vida es un espejo de virtud, que no admite reproche, y su mano realiza maravillas que asombran. Otros contestan: Es un impostor: un blasfemo, un rebelde, un revolucionario, que siembra la discordia y subleva la nación contra el César. Otros en fin nada dicen de Jesús; pero le escuchan como oráculo: le veneran como Maestro; van tras de él siempre, y no osan apartarse de su lado.

Entretanto el movimiento de los ánimos crece en la ciudad del templo; viniendo á aumentarlo un suceso.

El domingo se hizo á Jesús, que entraba en Jerusalem, una recepción triunfal. Vítores, aclamaciones, palmas de triunfo, olivas de paz, todo se le prodigó, y esto contribuyó sin duda á irritar más á sus apasionados enemigos, añadiendo leña al fuego de su odio.

El hecho es que se reúnen, discurren y razonan acerca de las consecuencias, que puede tener el entusiasmo del pueblo por Jesús; proponen medidas para atajarle los pasos, y por último se deciden y conciertan su muerte.

La traicion de un discípulo les allana el camino, y todo queda combinado.

¡Cuántas escenas en aquellos días! Ingratitudes, deslealtades, perfidias, odios, crueldad, crímenes inauditos por un lado, y por otro bondad, misericordia, magnificencia, generosidad, amor, ternura, sacrificios completamente divinos.

El cenáculo con la doble cena, la ritual judaica y la del Testamento Nuevo, Gethsemani con sus dolorosas agonias, la turba que aprisiona á Jesús y el pérfido Judas que la acaudilla y da la señal, por donde se le conoce, los tribunales, el Sanhedrín, el Pretorio, la Casa de Herodes, la sentencia de muerte, el camino del Golgota, el Calvario, el Sepulcro—¡Cuántos recuerdos!

Fruto muy especial de aquella semana de dolores y de maravillas ha sido el Cristianismo con los milagros, que llenan su incomparable historia, y muy particularmente con sus santos; y fruto de estos hermosos días, sería para nosotros, si, entrando en el espíritu de la Iglesia, nos dedicáramos á meditar en los augustos misterios en ellos reallizados, una transformación absoluta y total en nuestro modo de pensar, de sentir y obrar, semejante á la que la Semana Santa verificó en el género humano.

Y en efecto, después de haber visto á Jesu-Cristo en la Cruz agonizante y muriendo á manos del pecado, ya no pecaríamos; después de haberle contemplado apurando el cáliz de los oprobios, ya no seríamos altivos y soberbios: después de haberle oído pronunciar palabra de perdón para sus enemigos, ya no seríamos fieros y rencorosos con los nuestros; después de habernos dado por Madre á su propia Madre, la gratitud nos rebotaría en el alma; y después de entregárenos el mismo en la Eucaristía el jueves y de entregar su vida por nosotros el viernes, ya nuestro amor no tendría límites.

¿Por qué no aprovechar instantes tan fecundos?

Y si tan desdichados hemos sido, que hemos malogrado los días, que van pasados de la época del año, dedicada por precepto de la Iglesia á la oración y á la penitencia, reparemos tamaña pérdida en las horas que se avecinan, y que son aún más santas que las que las precedieron.

Harto claro nos muestra Jesús lo que por nosotros siente y lo que para nosotros desea su Corazón. No quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. No le gusta tampoco que nos paremos en el camino, sino que crezcamos y marchemos. A eso van enderezados todos los misterios, todos los altos misterios que la Iglesia católica extática por la admiración, genebunda y llorosa por el pesar, y por la caridad ansiosa de nuestro adelanto nos señala con el dedo, para que nos engolfemos en su contemplación los venideros días.

No seamos crueles con nosotros mismos. Vivamos durante ellos en un místico arrobamiento, y al bajar de la montaña el viernes de la Cruz, nadie nos conocera. Seremos otros hombres. La sangre de Jesús que sobre nosotros habra caído, nos habrá transformado.

† Marcelo, Arzobispo, de Sevilla.

VARIEDADES

PENSAMIENTOS

(INEDITOS)

El error más grave en que puede incurrir el hombre es el de creer que sus intereses se hayan en contradicción con los de Dios. Este gravísimo absurdo directamente opuesto al primer mandamiento del Decálogo, es el que enjendra todas nuestras desconfianzas y el que nos hace mirar de reojo a la justicia. Parece que al entregarnos a ella nos vamos a coger los dedos.

No viene la primavera sino después de los horrores del invierno. No sale un hombre a la vida sino después de los dolores de una madre. No produce la tierra buenos frutos sino ha sido regada con sudor. No se educa al niño sino corrigiéndole. No se perfecciona el árbol sino podándole. ¿Y preguntáis aun de que sirve el sacrificio?

La incredulidad moderna quiere eliminarlo del mundo inventando una religión sin Cruz.

¡Desdicha, ciegal

A. CLAVARANA.

Para enseñar a los filipinos la lengua inglesa ha enviado el gobierno yanqui tres mil quinientos maestros católicos. ¿Será clerical el gobierno de la República modelo?

Encambio en Francia hay actualmente seis Revistas pedagógicas, dirigidas por la masonería, para la formación de maestros de primera enseñanza, ó sea para pagar las diez plagas de Egipto.

Así le luce el pelo a la vecina república.

CLAVARANA

Y LA PRENSA

ADOLFO CLAVARANA

Guardo como oro en paño su retrato, en cuyo semblante se reflejan destellos de la modestia y de la profunda humildad de su alma grande.

Guardo entre mis papeles cartas tuyas, de entre cuyas letras y renglones de periodista y abogado se esparce la fragancia de su bondad, de su ternura, de su fé, de su excelso entendimiento.

Entre mis libros guardo también encuadernadas en pergaminos para que no se apolillen, las inapreciables colecciones de LA LECTURA POPULAR, y guardo finalmente, y guardaré siempre en mi corazón su recuerdo. Y aunque mi corazón se ha cubierto de luto al saber su inesperada muerte, también se ha regocijado en el Señor al pensar piadosamente en el premio de sus virtudes.

Adolfo Clavarana fué llamado por el Padre de familias al campo de la propaganda católica, no por la mañana, ni a la hora de prima ni de tercia, sino a la hora de sexta, hace ya veintidos años, sin haber antes pensado jamás nuestro difunto, como noblemente confesaba, en que su vocación pudiera ser la vocación de periodista. Y, sin embargo, muy pocos serán los periodistas, entre todos los modernos escritores que en el mundo han sido, que hayan logrado igualar al periodista Clavarana. Y, a mayor abundamiento, esta palma y estos laureles los conquistó desde el primer año que sentó plaza de jornalero y soldado de la pluma en defensa de los derechos de Cristo y de la iglesia.

En corrección y en primores de lenguaje, en erudición sagrada y profana y en otras gallardías literarias, muchos le superan; pero muy pocos son los que ganan por la mano a Clavarana en esto de saber adobar tan perfectamente para todas las inteligencias y para todos los paladares los problemas de la Filosofía, de la Religión y de la Historia, la apologética cristiana, las más altas enseñanzas y los inefables misterios de la fé... de tal manera y estilo, con tanto encanto y tal arte, que el vulgo más vulgo y las gentes más ignorantes é iliteratas las entiendan con claridad, sin fatiga y como jugando, queden persuadidas de la verdad que el eximio escritor les enseña, y cobren además verdadera afición a estas lecturas, como se cobra afición a todas las cosas

grandes que con facilidad se comprenden. Pero estas mismas maravillas eran también triunfos de Adolfo Clavarana entre las gentes literatas, entre los doctos, entre los maestros, entre los hombres curtidados en el estudio de los problemas religiosos y sociales contemporáneos.

En todo esto se cifra el mérito grande, y este es el carácter singular y el sello verdaderamente genial de LA LECTURA POPULAR, de Clavarana; merecimientos que valen más que muchas otras preseas literarias de menos quilates, y en arrear-se con las cuales no solía poner él generalmente gran empeño. Pero con ese admirable y raro esmero se llevaba de calle de tal manera a los lectores, que logró hacer de LA LECTURA POPULAR un periódico católico verdaderamente rotativo, del cual se imprimían 60 y 70.000 ejemplares, cifra en verdad notable en la historia del periodismo católico español contemporáneo.

En seis tomos están coleccionados todos los escritos originales de D. Adolfo Clavarana; pero no es sola y precisamente en los escritos de esta colección en donde se encierra la fecunda obra que consumó, y las batallas que riñó y la fé que propugnó el egregio propagandista. Esos escritos hay que leerlos, no en los tomos de la colección, sino en las mismas páginas de LA LECTURA POPULAR, juntamente con los demás sueltos y noticias de aquellas fecundas hojas, y con los romances y seguidillas populares, con las sentencias, con los pensamientos, con los escolios y hasta con los grabados y monigotes con que Clavarana ilustraba LA LECTURA.

Todo lo cual era complemento tan natural de sus cuentos y parábolas y de sus artículos de fondo, que solía decir el mismo difunto que cada número de LA LECTURA venía a ser un todo homogéneo que con estudiada unidad conspiraba a un mismo fin. ¡Quién pudiera reimprimir en miles y miles de ejemplares las colecciones de LA LECTURA POPULAR y repartirlas con abundancia entre el pueblo, é inundar con ellas todas nuestras provincias! Creo firmemente que no es hipócrita el decir que todas las colecciones de libros de propaganda juntos no lograrían quizás hacer mucho más bien que estas otras preciosísimas colecciones.

Pero ¡cuán cierto es que el Señor sabe sacar, con su divina alquimia, inefables abundantes bienes del seno mismo del mal!

Con motivo de unas Misiones que seis padres de la Compañía, mensajeros del señor obispo de Orihuela, habían de dar en las tres parroquias de Alicante el año de 1883, los periódicos liberales y masones de esa capital *convenerunt in unum*, y con las infames conocidas armas de la calumnia, la procacidad y la desvergüenza sublevaron á las turbas, logrando ahogar la santa palabra de Dios que los misioneros les traían; los cuales, con el obispo de Orihuela (que con este motivo escribió un notable documento pastoral dirigido al Gobierno), se vieron forzados á abandonar la ciudad de Alicante. Tal fué el acicate del infierno á cuyo estímulo nació y se fundó en Orihuela *La Lectura Popular*.

Son, por lo tanto, perfectamente aplicables á nuestro Clavarana las mismas palabras que en la tumba del gran periodista católico Santiago Margotti grabó el eximio epigrafista padre Angelino, religioso de la Compañía:

«La malicia de nuestro siglo y los derechos de la Iglesia conculcados movieron su pluma y avivaron su ingenio profundo. Los lazos tendidos por doquiera para la perdición de los pueblos, y el próspero resultado de las diabólicas astucias, estimularon su poderoso talento....»

Y Dios bendijo á manos llenas las campañas de *La Lectura Popular*, cuyos frutos de bendición han sido tal vez mayores que los males que con aquellas santas misiones fracasadas se produjeron (1).

Preguntadsele á los párrocos, á los amos cristianos, á los socios de la Conferencias de San Vicente, á los propagandistas sueltos y á los muchos Centros de propaganda católica que hay en España: todos certificarán que entre la muchedumbre de periódicos, revistas, folletos, carteles, estampas y hojas volantes de propaganda repartidas constantemente entre el pueblo, ninguna publicación es acogida con más entusiasmo, ni reclamada con tanto interés, ni leída y saboreada con tanto gusto como *La Lectura Popular*, de Clavarana, cuyo nombre hay que escribirle ya en letras de oro con la histo-

(1) Al poner en limpio estas cuartillas, llega á mis manos el último número de *La Semana Católica*, de Madrid, que dice lo siguiente acerca de *La Lectura Popular*:

«El mayor elogio de esta obra, que es toda la labor de Clavarana, no está en su pronta, constante y prodigiosa difusión (con estar escrita y publicada en un rincón de España, en Orihuela), sino en que fué y será tal vez *predicable*. Quien esto escribe ha oído leer desde el púlpito de la iglesia de mayor culto en una insigne ciudad universitaria de las más famosas en el mundo civilizado... ¡¡¡¡¡

ria apologética popular, y con la historia de la perenne lucha entre *las dos ciudades* en la de España de nuestros días.

Oh Maria, sin pecado concebida, rogad por nosotros que acudimos á Vos.

Esta es la plegaria que con más frecuencia han pronunciado los moribundos labios de Clavarana despues de haber recibido al Santísimo como Viático para la eternidad. ¡Ayl Con qué sentimientos tan tristes y tan dulces y tan diversos se ha estremecido mi alma al leer la relación de los últimos momentos de mi maestro, de mi amigo, del caballero de Cristo y de su Iglesia, sin miedo y sin mancilla....

Encomendarle á Dios, católicos españoles: celebrad sufragios públicos y privados por el alma del fiel servidor de Jesucristo; pocos hay que sean más acreedores que Adolfo Clavarana á la gratitud del pueblo español en estos días.

Grande fué su fe; grande su amor á Jesucristo y á la Iglesia; invencible su constancia en combatir siempre al liberalismo en todas sus trincheras y en arrancarle tantas máscaras como le arrancó; admirable su ingenio para atinar tan facilmente con la solución de los principales problemas religiosos contemporáneos; grande, en fin, su amor al pueblo, grandes sus penas y grande y muy grande la ternura de su corazón y la humildad de su espíritu.

Si en mi mano estuviera escribir sobre su tumba el epitafio, yo mandaría entallar en el mármol ó en el bronce un tomo de *La Lectura Popular*, y escribiria en castaño, debajo de la Cruz, las palabras con que otro genio del periodismo católico, el excelso Luis Veuillot, compuso para sí mismo, aquel célebre EPITAFIO, verdadera canción triunfal, la más bella y la más sublime que se conoce en la moderna literatura francesa:

«Placez á mon coté ma plume,
sur le coeur le Christ, mon orgueil,
sous mes pieds mettez ce volume
et clouez en paix mon cercueil.

Après la dernière prière
sur ma fosse plantez la croix,
et si l'on me donne une pierre,
gravez dessus: *J'ai cru, je vois....*

Dites entre vous: «il sommeille;
son dur labeur est achevé»;
ou plutót dites: «il s'éveille,
il voit ce qu'il a tant rêvé».
J'espère en Jésus, sur la terre
je n'ai pas rongi de sa foi;
au dernier jour devant son Père
il ne rongira pas de moi.»

¡Alabado sea Jesucristo, por quien tan valerosamente has combatido, fidelísimo

siervo del Señor! Y que esta alabanza que ahora pronuncian mis labios y escribe mi pluma, mitigué tus penas, si en pena estas, ó aumente tu gloria externa si ha entrado ya tu alma en el gozo de tu Señor.

Juan Marin del Campo.

De «El Universo» Madrid.

BIBLIOGRAFIA

ALGO DE ARRIBA.—Poesías de Antonio de la Cuesta y Sainz.—con licencia eclesiástica. 1904.—XIII—328 páginas, 2 ptas.

LOS NOVÍSIMOS, por el M. R. P. Fr. José Coll, exdefinidor general franciscano. Con las licencias necesarias. 1904.—XIV.—162 páginas 0'75 ptas.

Los pedidos á la administración de «El Pan de los pobres»—Ribera, 3, principal Bilbao.

Monseñor de Segur. — CONTESTACIONES BREVES Y SENCILLAS A LAS OBJECIONES MAS EXTENDIDAS CONTRA LA RELIGION. Nueva traducción, por D. José Sanz.—Quinta edición. Un tomo en 8.º de más de 200 páginas á 0'75 y 1'25 ptas, en rústica ó tela.—Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5 Barcelona.

NOVENA A LA BIENAVENTURADA VIRGEN SANTA ZITA, CRIADA, PATRONA DE LAS SIRVIENTAS, Compuesta por el P. Francisco de Paula Martí, de la Compañía de Jesús. Con las licencias necesarias. 1904 Imp. de José L. Foguet. TORTOSA.

Precio 0'25 ptas.—Dirigirse á D. Arturo Voltes, calle del Angel, Librería, Tortosa.

LECTURAS POPULARES

Cuentos, eilicuos y dialogos originales de D. Adolfo Clavarana.

Precio 1 peseta cada uno franco de porte.

Tomando doce ejemplares se regalará uno.

No se responde de los paquetes no certificados ni se serviran los pedidos que no venga acompañado de su importe.

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. y manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Una accion . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . .	1 » »
Un octavo id. . .	0'50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la peninsula.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, 6, principal.

Imp. de LA LECTURA POPULAR